

Irène Némirovsky

DOMINGO

Traducción del francés de
José Antonio Soriano Marco



Título original: *Dimanche*

Ilustración de la cubierta: Hilary Walker / Trevillion Images

Copyright © Éditions Stock, 2000

Copyright «*Les fumées du vin*» © Éditions Gallimard, 1934

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7ª 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-783-4

Depósito legal: B-4.850-2017

1ª edición, abril de 2017

Printed in Spain

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

DOMINGO

Domingo

La calle de Las Cases estaba tan tranquila como en pleno verano, con las ventanas abiertas protegidas por persianas amarillas. Había vuelto el buen tiempo; era el primer domingo de primavera. Tibio, impaciente, inquieto, empujaba a la gente a salir de casa y de la ciudad. Una luz tenue resplandecía en el cielo. Se oía el canto de los pájaros en la plaza Sainte-Clotilde, un suave gorjeo asombrado y perezoso, y en las calles tranquilas resonaban los rancos graznidos de los coches que se marchaban al campo. En el cielo no se veía más que una nubecilla blanca, una concha de contornos delicados, que flotó unos instantes en el azul y se disolvió en él. Los transeúntes alzaban la cabeza con una expresión de embeleso confiado y aspiraban la brisa sonriendo.

Agnès entornó los postigos: con tanto sol, las rosas se abrirían demasiado pronto y morirían. La pequeña Nanette entró corriendo y dando saltitos.

—¿Me dejarás salir, mamá? Hace un día tan bonito...

La misa ya había acabado. Por la calle de Las Cases pasaban niños con ropa de colores claros, los brazos desnudos y misales en las manos enguantadas de blanco, rodeando a una niña vestida de primera comunión, con las mejillas ro-

lizas y coloradas bajo el velo. Sus pantorrillas descubiertas, sonrosadas y morenas, aterciopeladas como frutas, relucían al sol. Pero las campanas seguían doblando lenta, melancólicamente, como si dijeran: «Id, buenas gentes, sentimos no poder reteneros por más tiempo. Os hemos dado cobijo mientras hemos podido, pero no tenemos más remedio que devolveros al mundo y a vuestros afanes. Ahora marchaos. La misa ha terminado.»

Cuando enmudecieron, el olor a pan recién horneado inundó la calle, saliendo a bocanadas de la panadería abierta. En su interior, se veían relucir los azulejos acabados de fregar, y los estrechos espejos encastrados en las paredes brillaban tenuemente en la penumbra. Luego, todo el mundo volvió a casa.

—Ve a ver si papá está listo, Nanette —le pidió Agnès a su hija—. Y dile a Nadine que la comida está en la mesa.

Guillaume entró envuelto en aquel olor a cigarro caro y agua de lavanda que Agnès siempre aspiraba con desagrado. Estaba aún más gordo, sano y contento que de costumbre.

—Os advierto que me voy en cuanto coma —anunció apenas se sentaron a la mesa—. Después de pasar toda la semana asfixiándome en París, creo que me lo merezco. ¿De verdad no te tienta?

—No quiero dejar sola a la niña.

Sonriendo, Guillaume le tiró del pelo a Nanette, sentada frente a él. Esa noche, la niña había tenido un acceso de fiebre, pero tan leve que ni siquiera había perdido el buen color.

—No está tan enferma. Tiene un apetito estupendo.

—No, no me preocupa, gracias a Dios —respondió Agnès—. La dejaré salir hasta las cuatro. ¿Adónde vas?

Guillaume se turbó visiblemente.

—Pues... Bueno, aún no lo sé... Qué manía tienes de planearlo todo por adelantado... Hacia Fontainebleau o Chartres, al azar, a la ventura... ¿Qué?, ¿me acompañas?

«La cara que pondría si aceptara...», se dijo Agnès. Su sonrisa, que le crispaba un poco la comisura de los labios cerrados, irritó a Guillaume.

—Tengo cosas que hacer en casa —respondió Agnès, como siempre.

«¿Quién será esta vez?», pensaba.

Las amantes de Guillaume... Sus inquietos celos, sus noches en blanco... Qué lejos quedaba ahora todo eso... Era alto y grueso, un poco calvo, con todo el cuerpo bien asentado, bien equilibrado, y la cabeza plantada sólidamente sobre el cuello ancho y fuerte. Tenía cuarenta y cinco años, la edad en la que el hombre es más poderoso, más pesado, está bien plantado sobre el suelo, tiene la sangre espesa y rica. Cuando se reía, adelantaba la mandíbula y enseñaba toda la dentadura, blanca, apenas salpicada de oro.

«Que le habrá dicho: “Cuando te ríes, pones cara de lobo, de animal salvaje.” Y él se habrá sentido enormemente halagado. Antes no la tenía.»

Recordó cómo lloraba en sus brazos cada vez que una aventura amorosa llegaba a su fin, y el breve gemido que escapaba de sus labios cuando entreabría la boca como si quisiera sorberse las lágrimas. Pobre Guillaume...

—Pues yo... —dijo Nadine.

Sus frases empezaban siempre así. Era imposible encontrar en sus ideas, o en sus palabras mismas, el menor atisbo de algo que no fuera ella misma, sus vestidos, sus amigos, los puntos que se le soltaban en las medias, su asignación, sus diversiones... Era... deslumbrante. Su piel tenía la blancura de esas flores aterciopeladas, pálidas y a la vez radiantes, como el jazmín o la camelia, pero a través de ella se veía fluir su sangre joven, ascendiendo a las mejillas, hinchando los labios, que parecían a punto de destilar un jugo rosa y ardiente como el vino. Sus ojos verdes relucían.

«Tiene veinte años —se dijo Agnès, esforzándose una vez más en cerrar los ojos, en no sentirse herida por aquella belleza demasiado resplandeciente, demasiado ávida, por aquella sonora risa, aquel egoísmo, aquel ardor juvenil, aquella dureza de diamante—. Tiene veinte años, no es culpa suya... La vida la calmará, la suavizará, la centrará, como a todas.»

—Mamá, ¿puedo coger tu chal rojo? No lo perderé. Y ¿puedo volver tarde, mamá?

—Para empezar, ¿adónde vas?

—¡Pero, mamá! ¡Ya lo sabes! ¡A Saint-Cloud, a casa de Chantal Aumont! Arlette pasará a recogerme. ¿Puedo volver tarde, mamá? Es decir, después de las ocho... ¿No te enfadarás? Es para evitar la cuesta de Saint-Cloud un domingo a las siete.

—Tiene toda la razón —terció Guillaume.

La comida tocaba a su fin. Mariette servía con rapidez. Domingo... En cuanto los platos estuvieran limpios, también ella saldría.

Comían unas crepes aromatizadas con naranja. Agnès había ayudado a Mariette a preparar la masa.

—Deliciosas —dijo Guillaume con delicadeza.

A través de las ventanas abiertas se oía ya el tintineo de los platos, débil en algunos casos, como en aquella lóbrega planta baja en cuya penumbra se refugiaban dos viejas solteronas, más fuerte en otros, más alegre y vigoroso. Por ejemplo, en la casa de enfrente, donde se veía resplandecer un mantel adamascado, grande y lustroso, con sus pliegues rígidos, sus doce cubiertos y el centro adornado con el cesto de rosas blancas de la primera comunión.

—Yo voy a prepararme, mamá. No quiero café.

Guillaume se bebió su taza sin hablar, a toda prisa. Mariette empezó a recoger la mesa.

«Qué prisa tienen todos —se dijo Agnès, mientras sus delgadas y ágiles manos doblaban mecánicamente la servilleta de Nanette—. La única...»

La única para la que el maravilloso domingo no tenía el menor atractivo era para ella.

«Nunca habría imaginado que se volvería tan casera, tan apática —pensaba Guillaume. Miró a su mujer, aspiró el aire con fuerza e hinchó el pecho, feliz, orgulloso de sentir el vigor que el buen tiempo parecía infundir a su cuerpo—. Estoy en inmejorable forma. Aguanto el tipo de un modo asombroso —siguió diciéndose, mientras pensaba en todos los motivos, las crisis, los problemas de dinero... Germaine, que se aferraba a él, el diablo se la lleve, los impuestos... todo lo que en buena lógica habría podido entristecerlo, deprimirlo, como a tantos otros. ¡Pero no!—. ¡Siempre he sido así! Un rayo de sol, la perspectiva de un domingo fuera de París, en libertad, una botella de buen vino, una mujer hermosa a mi lado, ¡y vuelvo a tener veinte años! Estoy vivo», se felicitó, contemplando a su mujer con sorda hostilidad. Su gélida belleza lo irritaba tanto como la mueca crispada y burlona de sus labios finos.

—Por supuesto, si paso la noche en Chartres, te telefonaré —dijo en voz alta—. En cualquier caso, estaré de vuelta mañana por la mañana. Pasaré por casa antes de ir al despacho.

«Uno de estos días —se dijo Agnès con una dolorosa y extraña frialdad—, después de una comida demasiado pesada, el coche, con él y la mujer a la que acaricia, se estrellará contra un árbol. Una llamada de teléfono desde Senlis o Auxerre... ¿Sufirás?», le preguntó con curiosidad a una imagen invisible y muda de sí misma que permanecía atenta en la oscuridad. Pero, silenciosa e indiferente, la imagen no respondió, y la corpulenta figura de Guillaume se interpuso entre el espejo y Agnès.

—Hasta pronto, querida.

—Hasta pronto, querido.

Guillaume se fue.

—¿Preparo la mesa del té en el salón, señora? —preguntó Mariette.

—No, déjalo, ya lo haré yo. Cuando la cocina esté recogida, puedes marcharte.

—Gracias, señora —dijo la chica, y de pronto sus mejillas enrojecieron con intensidad, como si las hubiera acercado a un fuego candente—. Gracias, señora —repitió con una mirada lánguida, que hizo encogerse de hombros a Agnès, burlona.

Acarició la lisa y morena cabecita de Nanette, que tan pronto se escondía entre los pliegues de su bata como acercaba el rostro riendo.

—¡Qué tranquilas vamos a estar las dos, cariño!

Entretanto, en su habitación, Nadine se vestía a toda prisa y se empolvaba el cuello, los brazos desnudos y el nacimiento del pecho, allí donde Rémi, en la penumbra del coche, había posado sus secos y febriles labios y estampado besos rápidos y ardientes como llamas. Las dos y media... Y Arlette sin llegar. «Con Arlette, mamá no sospechará. —La cita era a las tres—. Y pensar que mamá no se da cuenta de nada. Y también ha sido joven... —se dijo tratando, sin conseguirlo, de imaginar la juventud, el noviazgo, los primeros años de casada de su madre—. Siempre ha debido de ser así. El orden, la tranquilidad, los cuellos de linón blanco... “No me estropees las rosas, Guillaume.” Yo... —Nadine se estremeció y, mordiéndose suavemente los labios, acercó el rostro al espejo. Nada le gustaba tanto como su cuerpo, su mirada, sus facciones, la forma de su cuello, blanco y puro como una columna—. Tener veinte años es maravilloso —pensó enfebrecida—. ¿Todas las chicas saben verlo como yo, disfrutar de esta felicidad, este fuego, esta fuerza, este ardor de la sangre? ¿Sienten esto como yo, de un modo tan intenso y profundo? Para una mujer, tener veinte años en 1934 es... es fantástico —se dijo, recordando confusamente las noches de acampada, el regreso al alba en

el coche de Rémi (mientras los padres imaginan un paseo en grupo, en la Île Saint-Louis, para ver la salida del sol sobre el Sena, qué ingenuos), y el esquí, la natación, el aire libre, el agua fría sobre su cuerpo joven, la mano de Rémi hundiendo las uñas en su nuca, tirando suavemente hacia atrás de su pelo corto—. ¡Y los padres, que no se dan cuenta de nada! Es verdad que en su época... Me imagino a mi madre a mi edad, en su primer baile, con los ojos bajos. Rémi...»

—Estoy enamorada —le dijo a la imagen que le sonreía en el espejo—, pero he de tener cuidado con Rémi, tan guapo, tan pagado de sí mismo, tan malacostumbrado por las mujeres y sus atenciones. Debe de gustarle hacer sufrir. Pero ya veremos quién es más fuerte —murmuró apretando nerviosamente los puños, sintiendo palpar el amor en lo más profundo de su ser como un turbulento deseo de lucha, de ardiente y cruel juego.

Rió. Y en el silencio su risa sonó tan clara, tan insolente, tan fresca que Nadine se interrumpió, maravillada, y aguzó el oído, como si escuchara el eco de un extraño y perfecto instrumento musical.

«A veces me parece que, ante todo, estoy enamorada de mí misma —se dijo, rodeándose el cuello con su collar verde, que relucía y reflejaba el sol con cada una de sus cuentas. Su piel, pura, suave y lisa, tenía la satinada *glossiness* de los animales jóvenes, de las flores, de las plantas en mayo, una lozanía que se adivinaba efímera, pero llegada a su perfección más absoluta—. Nunca seré tan hermosa como ahora. —Se echó perfume, malgastándolo adrede, extendiéndoselo por la cara, los hombros... Ese día, todo lo que fuera excesivo, extravagante, le sentaba bien—. Me gustaría tener un vestido rojo fuego, joyas de cingara. —Se acordó de la voz afectuosa y cansada de su madre—: “¡Mesura en todo, Nadine!” Estos viejos...», se dijo con desdén.

Fuera, el coche de Arlette se había detenido ante la casa. Nadine cogió el bolso, se puso la boina mientras corría, gritó «¡Adiós, mamá!» al salir y desapareció.

—Quiero que descanses un rato en el sofá, Nanette —le dijo Agnès a su hija—. Esta noche has dormido mal. Yo haré labor a tu lado. Después saldrás con la señorita.

La pequeña enrolló su delantal rosa entre los dedos unos instantes, se volvió hacia un lado, luego hacia el otro, restregó la cara contra los cojines, bostezó y se durmió. Tenía cinco años y, al igual que su madre, la piel pálida y delicada propia de las rubias, el pelo negro y los ojos oscuros.

Agnès se sentó junto a ella sin hacer ruido. La casa estaba silenciosa, adormecida. Fuera, el aroma del café soluble flotaba en el aire. Una cálida y suave penumbra amarillenta inundaba la habitación. Agnès oyó que Mariette cerraba con cuidado la puerta de la cocina y atravesaba el piso. Escuchó el ruido de sus pasos mientras se alejaban por la escalera de servicio. Suspiró. Se dejó invadir por una extraña y melancólica felicidad, una paz deliciosa. El silencio, las habitaciones desiertas, la certeza de que nadie la molestaría hasta la noche, de que ni un paso ni una voz extraña penetrarían en aquella casa, en aquel refugio... La calle estaba tranquila y desierta. Sólo se oía el piano que tocaba una mujer invisible, oculta tras las persianas bajadas. Luego calló. En esos momentos, Mariette, con el bolso «de imitación de piel porcina» de los domingos apretado entre las anchas manos desnudas, avivaba el paso hacia la estación de metro Sèvres-Croix-Rouge, donde la esperaba su novio, mientras en los bosques de Compiègne Guillaume le decía a una mujer rubia y rolliza, sentada a su lado: «Condenarme es fácil. Sin embargo, no soy un mal marido. Pero mi mujer...» En el coche de Arlette, Nadine pasaba junto a la verja de los jardines de Luxemburgo. Los casta-

ños habían florecido. Los niños, vestidos con primaverales jerséis sin mangas, correteaban por el parque. Arlette pensó con amargura que a ella no la esperaba nadie, no la quería nadie. La aceptaban por su práctico cochecito verde y sus grandes ojos, enmarcados por la montura de concha de las gafas, que inspiraban confianza a las madres. ¡Dichosa Nadine!

Soplaba un viento fresco. Impulsados súbitamente hacia la izquierda, los chorros de la fuente salpicaban a los transeúntes con su reluciente polvo líquido. En la plaza Sainte-Clotilde, los árboles jóvenes se agitaron suavemente.

«Qué paz», pensó Agnès.

Sonrió. Ni su marido ni su hija mayor conocían la pausada e inusual sonrisa de confianza que le entreabría los labios.

Se levantó y, sin hacer ruido, fue a cambiar el agua de las rosas. Les cortó los tallos con cuidado. Se abrían lentamente, y los pétalos parecían separarse a su pesar, con miedo y una especie de pudor divino.

«Qué bien se está aquí», se dijo.

Su casa... Su refugio, su cerrada y cálida concha, impermeable al ruido exterior. Cuando caminaba por la calle de Las Cases, islote de tinieblas en los crepúsculos de invierno, y distinguía el sonriente rostro de mujer esculpido en el dintel de piedra de la entrada, aquel dulce y familiar rostro adornado con estrechas cintas, se sentía misteriosamente apaciguada, sosegada, inundada por una ola de tranquila dicha. Su casa: el delicioso silencio, el leve, furtivo crujido de los muebles, las delicadas taraceas, que relucían débilmente en la penumbra. Cuánto le gustaba todo aquello. Se sentó, se arrellanó en un sillón, ella, que se mantenía siempre tan erguida, sin doblar la espalda, sin inclinar la cabeza.

«Guillaume dice que me gustan más los objetos que las personas. Puede ser.»

La rodeaban con su dulce y mudo encanto. El reloj de péndulo con adornos de nácar y cobre sonaba lenta y apaciblemente en el silencio.

El tintineo delicado y familiar de una taza de plata que brillaba en la penumbra respondía al menor movimiento, al menor suspiro, como un amigo.

¿La felicidad? «La buscamos, la perseguimos, nos afanamos por conseguirla, y está justo ahí —se dijo Agnès—. Aparece en el instante en que ya no deseamos nada, no esperamos nada, no tememos nada. Por supuesto, la salud de las niñas... —E, inclinándose maquinalmente hacia Nanette, le rozó la frente con los labios—. Fresca como una flor, gracias a Dios. No esperar nada, qué paz... Cómo he cambiado... —pensó acordándose del pasado, de su desesperado amor por Guillaume, de la recoleta placita del barrio de Passy en el que lo esperaba en los atardeceres de primavera. Su familia política, su odiosa suegra, el parloteo de sus cuñadas en aquel oscuro y triste saloncito—. ¡Ah, nunca me cansaré del silencio!» Sonrió.

—Sí, te sorprende, ¿verdad? —dijo en voz baja, como si la Agnès de antaño, con el pálido y joven rostro enmarcado por las trenzas negras, estuviera sentada a su lado, escuchándola con incredulidad—. ¿He cambiado?

Meneó la cabeza. En su recuerdo, le parecía que todos los días del pasado habían sido lluviosos y tristes, todas las esperas, vanas, todas las palabras, crueles o llenas de falsedad.

«Oh, ¿cómo puede echarse de menos el amor? Por suerte, Nadine no se parece a mí. Estas chicas de ahora son tan frías, tan duras... Aún es una niña, pero más adelante tampoco amaré, tampoco sufrirá como yo. De todas formas, ¡mejor, mucho mejor, Dios mío! Y seguramente Nanette se parecerá a su hermana.»

Sonrió: costaba tanto imaginar que aquella suave, rolliza y sonrosada mejilla, que aquellas facciones indecisas se transformarían en un rostro de mujer. Extendió la mano y le

acarició con suavidad los finos cabellos negros. «Los únicos momentos en que mi alma descansa», pensó, acordándose de una amiga de la juventud que, al encender un cigarrillo, entrecerraba los ojos y solía decir: «Mi alma descansa...» Pero Agnès no fumaba. Y lo que le gustaba no era soñar, sino sentarse allí y entregarse a alguna tarea de lo más humilde y concreta, coser, tejer, obligar a su mente a rebajarse, a humillarse, a permanecer tranquila y en silencio, ordenar libros, lavar y aclarar una a una las copas de Bohemia, las largas flautas con el borde fileteado de oro, a la moda de antaño, que se usaban en casa de sus padres para beber champán. «La felicidad... Sí, a los veinte años la felicidad me parecía distinta, más terrible, más vasta; pero los deseos se vuelven maravillosamente pequeños y más accesibles a medida que avanzamos hacia el final de todos los deseos —se dijo, poniéndose sobre las rodillas el cestillo en el que guardaba una labor empezada, seda, su dedal, sus tijeras de oro—. ¿Qué más necesita una mujer a la que no le gusta el amor?»

—¿Puedes dejarme aquí, Arlette? —le pidió Nadine a su amiga. Eran las tres. «Caminaré un poco —pensó—. No quiero llegar la primera.»

Arlette se detuvo.

—Gracias, querida —dijo Nadine, apeándose.

El coche se marchó. Nadine echó a andar por la calle del Odéon, obligándose a contener la impaciencia y la alegre excitación que la embargaban. «Me gusta la calle —pensó mirando a su alrededor con agrado, con gratitud—. En casa me ahogo. No comprenden que soy joven, que tengo veinte años, que no puedo evitar cantar, bailar, hablar alto, reír. Soy feliz.»

Sentía con placer la caricia del viento, que soplaba entre sus piernas a través de la fina tela del vestido. Liviana, alada,

libre, etérea, nada, a su parecer, la retenía sobre la tierra en esos instantes. «Hay momentos en que no te costaría nada echar a volar», pensó, henchida de esperanza. ¡Qué hermoso, qué maravilloso era el mundo! La deslumbrante oleada del sol de mediodía se atenuaba, se transformaba en una claridad suave y tranquila. En las esquinas de las calles, las mujeres que vendían manojos de junquillos ofrecían sus cestas a los viandantes. En los cafés, en las terrazas, familias sentadas apaciblemente tomaban granadina alrededor de una niña con las mejillas encendidas y los ojos brillantes vestida de primera comunión. Y lentamente, ocupando toda la acera, pasaban soldados de permiso y grupos de mujeres vestidas de negro, con sus grandes manos desnudas y enrojecidas.

—¡Guapa! —le dijo un chico con el que se cruzó, adelantando los labios como en un beso y mirándola ávidamente.

Nadine rió.

A veces, el amor mismo, la imagen misma de Rémi se difuminaban. Sólo quedaba una exaltación, una fiebre, una felicidad aguda y casi insoportable que, sin embargo, parecía ocultar en sus profundidades más secretas una angustia suave y extraña.

«¿El amor? ¿Me ama Rémi? —se preguntó de pronto en el umbral del pequeño café en el que el chico debía de esperarla—. ¿Y yo a él? Ante todo, somos amigos... Pero ¡bah! La amistad, la confianza están bien para los viejos. A nosotros ni siquiera nos vale la ternura. El amor es otra cosa», se dijo, recordando el doloroso aguijón que los besos y las palabras más tiernas parecían ocultar a veces en el fondo de sí mismos. Entró.

El café estaba vacío. Tocaba el sol. Un reloj marcaba la hora en una pared. Un olor a vino, una frescura de bodega penetraban en la salita interior en la que se sentó.

Rémi no estaba. Nadine sintió que el corazón se le encogía lentamente en el pecho. «Son las tres y cuarto, sí. Pero ¿no me habría esperado?»

Pidió de beber lo primero que se le ocurrió.

Cada vez que se abría la puerta, cada vez que aparecía una silueta masculina en el umbral, su corazón indómito latía alegre y tumultuosamente, inundándola de felicidad, y cada vez, quien entraba era un desconocido que la miraba distraídamente e iba a sentarse en la penumbra. Nadine se apretaba las manos bajo la mesa, se las retorció nerviosamente.

«Pero ¿dónde está? ¿Por qué no viene?»

Luego bajaba la cabeza y seguía esperando.

El reloj sonaba inexorablemente cada cuarto de hora. Con los ojos clavados en las agujas, Nadine esperaba sin moverse, como si la absoluta quietud y el silencio pudieran detener el paso del tiempo. Las tres y media. Las tres cuarenta y cinco. Y eso aún no era nada. Un poco menos o un poco más de la media, qué más daba. Aunque fueran las tres cuarenta y cinco. Pero cuando se dice: «Las cuatro menos veinte, las cuatro menos cuarto», todo está perdido, arruinado, ¡perdido sin remedio! ¡No vendría, se había burlado de ella! ¿Con quién estaba en estos momentos? ¿A quién le decía: «¿Nadine Padouan?! ¡Le he dado plantón!»? Sintió que unas lagrimillas amargas y ardientes le arrasaban los ojos. ¡No, eso no! Las cuatro. Le temblaban los labios. Abrió el bolso y sopló sobre la polvera. La rodeó una asfixiante y perfumada nube de polvos. Veía sus facciones en el espejito, temblorosas y deformadas como en el fondo del agua. «No, no lloraré», se dijo, apretando los dientes con rabia. Con dedos temblorosos, cogió la barra de labios, se los pintó, se empolvó los cercos azulados y sedosos bajo los ojos, los mismos en que más adelante se formaría la primera arruga. «¿Por qué lo ha hecho?» Entonces ¿todo lo que quería era un beso, una tarde? Por unos instantes, se sintió invadida por una humildad desesperada. Todos los amargos recuerdos que incluso una infancia feliz y plena puede dejar en la memoria se agolparon en su mente: la bofetada inmerecida que

le había dado su padre a los doce años; aquel profesor injusto; aquellas niñas inglesas que, en el fondo de su pasado, en el fondo del tiempo, decían riendo: «*We won't play with you. We don't play with kids.*»

«Sufro. No sabía que se pudiera sufrir tanto.»

Ya no miraba el reloj. Seguía sentada, sin moverse. ¿Adónde iba a ir? Allí se sentía a salvo, en su sitio. ¿Cuántas mujeres habrían esperado como ella, tragándose las lágrimas como ella, acariciando maquinalmente aquella vieja banqueta de cuero artificial, cálida y suave al tacto como el pelaje de un animal? Pero, de pronto, volvió a sentirse llena de una fuerza orgullosa. ¿Y qué más daba? «Sufro, me siento desgraciada.» ¡Ah, las viejas palabras, tan nuevas! Amor, dolor, deseo. Nadine las moldeaba suavemente entre los labios.

—Quiero que me ame. Soy joven. Soy hermosa. Me amaré y, si él no lo hace, lo harán otros —murmuró, retorciéndose nerviosamente las manos, en las que relucían unas uñas tan aceradas como garras.

Las cinco. De repente, la oscura salita se llenó de luz, como la dorada boca de un brasero. El sol había descendido; iluminó el chartreuse ambarino que aún impregnaba su copa y la pequeña cabina telefónica, frente a ella.

«¿Una llamada? —pensó febrilmente—. Puede que esté enfermo.»

—¡Ja! —gruñó, encogiendo los hombros con furia.

Lo había dicho en voz alta. Se estremeció. «Pero ¿qué me pasa?» Se lo imaginó ensangrentado, muerto en una carretera. Conduce como un loco...

—¿Y si llamo? ¡No! —murmuró, sintiendo por primera vez la debilidad, la cobardía de su corazón.

Y al mismo tiempo, una voz misteriosa parecía susurrar en su interior: «Mira. Escucha. Recuerda. Nunca olvidarás este día. Envejecerás, pero a la hora de la muerte volverás a ver esa puerta abierta, balanceándose en el sol. Oirás dar

los cuartos de hora a ese reloj, y los ruidos, las voces de la calle.»

Se levantó y entró en la pequeña cabina telefónica, que olía a polvo y tiza. Las paredes estaban cubiertas de inscripciones en lápiz. Se quedó mirando un buen rato un rostro de mujer dibujado en una esquina. Por fin, llamó a Jasmin 10-32.

—Diga —respondió una voz de mujer, una voz desconocida.

—¿Es la casa del señor Rémi Alquier? —preguntó Nadine, y el sonido de su propia frase la sorprendió: le temblaba la voz.

—Sí. ¿De parte de quién? —Nadine no respondió. Oyó claramente una suave y perezosa risa, una frase—: Una jovencita pregunta por ti, Rémi... ¿Eh? El señor Alquier no está, señorita.

Nadine colgó el auricular lentamente y salió. Eran las seis y la claridad del sol de mayo había menguado; un crepúsculo incipiente y triste enturbiaba el aire. De los jardines de Luxemburgo llegaba un olor a plantas y flores recién regadas. Nadine tomó una calle al azar y luego otra. Caminaba silbando por lo bajo. En el interior de las casas se encendían las primeras luces y en las calles, aunque todavía se veía, los primeros faroles de gas: las llamas brillaban, deformadas, a través de sus lágrimas.

En la calle de Las Cases, Agnès había acostado a Nanette, que se adormilaba, pero seguía hablando en su duermevela con una voz vacilante, suave, confiada, consigo misma, con sus juguetes, con la oscuridad. Pero en cuanto oía los pasos de su madre, se callaba con prudencia.

«Ya», se dijo Agnès.

Entró en el salón, que estaba en penumbra. Sin dar la luz, lo cruzó y se asomó a la ventana. El cielo se oscurecía. Suspiró. El día de primavera ocultaba una especie de amar-

gura secreta que parecía exhalar con el anochecer. Como esos melocotones sonrosados y olorosos que dejan un regusto amargo en la boca. ¿Dónde estaba Guillaume? «Seguro que no vuelve esta noche. Mejor», se dijo Agnès, imaginándose la cama fresca y vacía. Tocó con la mano el frío cristal. ¿Cuántas veces había esperado a Guillaume de aquel modo? Noche tras noche, oyendo el tictac del reloj en el silencio, el chirrido del ascensor, que subía, subía con lentitud, pasaba de largo y volvía a bajar. Noche tras noche, primero con desesperación, más tarde con resignación y, al final, con pesada y mortal indiferencia.

¿Y ahora? Se encogió de hombros con tristeza.

La calle estaba vacía y un vapor azulado parecía flotar sobre todas las cosas, como si del brumoso cielo hubiera empezado a caer lentamente una fina lluvia de cenizas. La dorada estrella de un farol se encendió en la penumbra y las torres de Sainte-Clotilde parecieron retroceder, hundirse en la lejanía. Pasó un cochecito lleno de flores, de regreso del campo. Apenas quedaba luz para distinguir los manojos de junquillos atados a los faros. Sentados en sillas de anea en la entrada de las casas, los porteros permanecían en silencio con los brazos caídos, abandonados sobre las rodillas. Se cerraban los postigos de todas las ventanas y, a través de los intersticios, sólo brillaba débilmente una lámpara rosa.

«En otros tiempos —se dijo Agnès—, con la edad de Nadine ya esperaba en vano a Guillaume durante largas horas.»

Cerró los ojos y trató de recordarlo tal como era entonces, o al menos tal como ella lo veía. ¿Era tan guapo? ¿Tan encantador? Desde luego, estaba mucho más delgado, por Dios, tenía la cara más fina, casi afilada, y una boca bonita. Sus besos... Soltó una risita triste y amarga.

«¡Cómo lo amaba! Idiota, pobre idiota... No me decía palabras de amor. Se limitaba a besarme, a besarme hasta

que el corazón se me derretía de dulzura y de pena. En dieciocho meses nunca me dijo: “Te quiero.” O: “Quiero casarme contigo.” Tenía que estar siempre ahí, pendiente de él. “A mi disposición”, decía. Y eso, tonta de mí, me gustaba. Estaba en la edad en que hasta la derrota embriaga. Además, pensaba: “Me querrá. Seré su mujer. A fuerza de entrega, de cariño, me querrá.”»

Con una precisión extraordinaria, Agnès recordó un atardecer de primavera del pasado remoto. Pero no hacía buen tiempo, como ese día. Era una de esas primaveras parisinas lluviosas o frías en las que, desde el amanecer, cae una lluvia densa y helada que chorrea entre los árboles cubiertos de hojas. Los castaños en flor, las largas horas de luz y la tibieza del aire parecen una burla cruel. Ella lo esperaba sentada en un banco, en una plaza vacía. La madera, empapada por la lluvia, exhalaba un olor acre. Las gotas caían en el agua de la fuente midiendo lenta y melancólicamente los minutos, que se sucedían sin remedio, mientras por sus mejillas resbalaban lágrimas frías. Guillaume no llegaba. Una mujer se sentó junto a ella y, con la espalda encorvada bajo la lluvia y los labios fruncidos con amargura, la miró sin decir nada, como si pensara: «Una más.»

Agnès inclinó la cabeza y, maquinalmente, la posó en el codo doblado, como entonces. En su interior iba creciendo una profunda tristeza.

«¿Qué me pasa? Si en realidad soy feliz, estoy tranquila, serena... ¿De qué sirve recordar? Eso sólo puede despertar en mi alma el rencor y una cólera... ¡tan inútil, Dios mío!»

Pero, de pronto, la imagen del taxi que la había llevado a través de las avenidas del Bois de Boulogne, negras y empapadas, volvió a su memoria, y Agnès creyó recobrar el sabor y el olor del aire frío y puro que entraba por la ventanilla, mientras la mano de Guillaume le apretaba suave y cruelmente el pecho desnudo, como una fruta de la que se

ha hecho brotar el jugo. Peleas, reconciliaciones, lágrimas amargas, mentiras, cobardía desesperada y aquella felicidad súbita y dulce cuando él le tocaba la mano y, riendo, le decía: «¿Enfadada? Me gusta hacerte sufrir un poco.»

—Eso pasó, ya no volverá —dijo de repente en voz alta con incomprensible desesperación. De pronto, sintió que un torrente de lágrimas le brotaba de los ojos y le resbalaba por las mejillas—. Me gustaría volver a sufrir.

«¡Sufrir, desesperarme, esperar a alguien! ¡Ya no tengo a nadie en el mundo a quien esperar! Soy vieja. Odio esta casa —pensó de pronto febrilmente—. ¡Y esta paz, y esta calma! ¿Y las niñas? Sí, la ilusión maternal es la más tenaz y la más vana. Sí, las quiero, no tengo a nadie más en el mundo, pero eso no es suficiente. Me gustaría recuperar los años perdidos, los sufrimientos perdidos. Ahora el amor sería tan repugnante, tan feo... ¡Me gustaría tener veinte años! ¡Dichosa Nadine! ¡Pero seguro que está en Saint-Cloud, jugando al golf! ¡El amor la trae sin cuidado! ¡Dichosa Nadine!»

Se estremeció. No había oído que se abría la puerta, ni los pasos de Nadine sobre la alfombra.

—No enciendas la luz —farfulló, secándose las lágrimas a toda prisa.

Sin decir nada, Nadine fue a sentarse a su lado. Ya estaba oscuro, y las dos evitaban mirarse. No vieron nada.

—¿Te has divertido, cariño? —preguntó Agnès al fin.

—Sí, mamá —respondió Nadine.

—Pero ¿qué hora es?

—Casi las siete, creo.

—Has vuelto antes de lo que habías dicho —comentó Agnès distraídamente.

Nadine no respondió. Se limitó a hacer tintinear suavemente los finos brazaletes de oro en sus brazos desnudos.

«Pero qué callada está», pensó Agnès, vagamente sorprendida.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Estás cansada? —le preguntó en voz alta.

—Un poco.

—Acuéstate temprano. Anda, ve a lavarte las manos. Dentro de cinco minutos, nos sentamos a la mesa. No hagas ruido en el pasillo, Nanette duerme.

En ese preciso instante, sonó el teléfono. Nadine alzó bruscamente la cabeza. Mariette apareció en la puerta.

—Preguntan por la señorita Nadine.

Con el corazón aporreándole el pecho, Nadine cruzó lentamente el salón consciente de la mirada de su madre, entró en el pequeño despacho donde estaba el teléfono y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Nadine? Soy yo, Rémi... ¡Uy, qué enfadados estamos! Perdóname, anda, no seas mala. Pero ¡si te estoy pidiendo perdón! Vamos, vamos... —murmuró Rémi como si amansara a un animal rebelde—. Por favor... ¡Un poco de comprensión, jovencita! ¿Qué quieres? Una antigua relación, un acto de caridad... Vamos, Nadine, ¿no pretendrás que me conforme con las insignificancias que me concedes, eh? ¿Eh? —repitió Rémi, y Nadine reconoció el eco de aquella risa voluptuosa y suave entre los labios apretados—. Tienes que perdonarme. No creas que me disgusta besarte cuando estás furiosa y echas chispas por esos ojos verdes. Me parece estar viéndolos. Centellean, ¿a que sí? ¿Mañana? Mañana a la misma hora, ¿eh? ¿De acuerdo? Nada de plantones, te lo juro. ¿De acuerdo? ¿Que no estás libre? ¡Menudo cuento! ¿Mañana? En el mismo sitio a la misma hora. Pero ¡si te lo he jurado! ¿Mañana? —repitió Rémi.

—Mañana —respondió Nadine.

Él rió.

—*There is a good girl. Good little girlie. Bye bye.*

Nadine entró corriendo en el salón. Su madre no se había movido.

—Pero ¿qué haces ahí, mamá? —exclamó, y su voz y su risa sonora hicieron brotar en el alma de Agnès un sentimiento turbio y amargo, parecido a la envidia—. ¡No se ve nada!

Nadine dio todas las luces. Sus ojos, aún húmedos de lágrimas, brillaban. Un oscuro fuego había ascendido a sus mejillas. Se acercó al espejo canturreando y arreglándose el pelo y, sonriente, contempló su rostro, radiante de felicidad, y sus labios, entreabiertos y temblorosos.

—¡Qué contenta estás de repente! —dijo Agnès, esforzándose en reír; pero de sus labios sólo brotó un sonido chirriante y triste.

«¡Qué ciega he estado! —se dijo—. Pero ¡esta niña está enamorada! ¡Ay, le he dado demasiada libertad! Soy demasiado débil, eso es lo que me preocupa. —Sin embargo, en el fondo de su corazón, reconocía aquella amargura, aquel sufrimiento, y lo saludaba como a un viejo amigo—. ¡Dios mío! ¡Estoy celosa!»

—¿Quién te ha llamado? Sabes perfectamente que a tu padre no le gustan esas llamadas de desconocidos ni esas citas misteriosas.

—No te entiendo, mamá —dijo Nadine con los ojos brillantes de inocencia clavados en su madre, que no fue capaz de leer el pensamiento secreto que anidaba en su fondo: ¡la madre, la eterna enemiga, la vejez chocha que no comprende nada, que no ve nada, que se encierra en su concha y sólo piensa en impedir que la juventud viva!—. Te aseguro que no te entiendo. Sencillamente, el partido de tenis que no jugamos el sábado se jugará mañana. Eso es todo.

—¡Eso es todo, claro! —respondió Agnès, pero el tono seco y duro de sus palabras la sorprendió incluso a ella.

Miró a Nadine. «Estoy loca. Son esos viejos recuerdos. Aún es una niña.» Por un instante, volvió a ver a la muchacha de largas trenzas negras, sentada en un banco envuelto

por la niebla y la lluvia. La contempló con tristeza y luego la expulsó para siempre de su memoria.

—Anda, ven —dijo, posando suavemente la mano en el brazo de su hija.

Nadine ahogó una risita irónica. «¿Seré yo tan... crédula a su edad? ¿Y tan tranquila? ¡Dichosa mamá! —se dijo con suave desdén—. La inocencia y la paz de espíritu son una bendición.»